

EL JARRÓN DE LA CHINA

I

¿Quién habita aquella suntuosa casa que ocupa una gran parte de una de las extensas y hermosas aceras de la calle de Alcalá, en la corte de España?

¿Quiénes serán sus dueños? ¿Á qué clase de la sociedad pertenecen? ¿De dónde han habido la colossal fortuna que se necesita para soportar los inmensos gastos que debe ocasionarles su método de vida?

Á mí me lo han dicho, lectores míos, y os diré de qué manera.

Una noche de las más frías del invierno de 185... pasaba yo por la calle de Alcalá, en Madrid, con otras varias personas.

Era ya muy tarde, pues los serenos hacía largo rato que habían cantado las dos de la madrugada.

Á pesar de que por la crudeza de la noche caminábamos á prisa, no pudimos menos de reparar en una casa grande y suntuosa, por cuyos cristales se escapaban torrentes de dorada luz.

Cruzando los mármoles de las escaleras y el anchuroso patio, sostenido por delgadas y elegantes

columnas de jaspe, resonaban en la calle con el silencio de la noche los acordes melódicos de una numerosa orquesta, y por entre las colgaduras de seda se veían pasar numerosas parejas, que se movían al compás cadencioso de una danza habanera, entonces muy poco generalizada.

No obstante el penetrante frío y la espesa niebla que enrarecía la atmósfera de un modo muy desagradable, nos detuvimos todos ante aquella opulenta mansión.

Delante de ella había estacionada una larga fila de lujosos carruajes, cuyos criados, con librea, se habían agrupado para defenderse del frío en el gran patio, adornado con hermosas estatuas, é iluminado con reverberos de gas.

—Aquí vive el banquero cubano Castelblanco —dijo uno de los que iban con nosotros,—y esta noche da, sin duda, alguno de esos grandes bailes á los que concurre lo mejor de Madrid y cuantos extranjeros notables se encuentran en él.

—He oído, en efecto, hablar de esos magníficos saraos—dijo otro de los que nos acompañaban;—pero jamás he sido invitado á ninguno: es verdad también, que no soy amigo de la casa.

—Eso no importa nada para que usted vaya, si puede proporcionarse un billete de invitación.

—Lo que es por este año, renuncio; está muy adelantado el invierno, y lo dejaré para él que viene, si es que me decido á ir.

—He oído hablar con mucha variedad de esa

familia—dijo otro;—unos dicen que el banquero es un tirano, de un carácter casi feroz; otros que él es bueno, pero que su mujer es intolerable por su vanidad y su carácter soberbio; quién dice que la mejor de la casa es Laura, la hija mayor; quién prefiere á Humberto, el joven más gastador y más espléndido de Madrid.

—¿No ha oído usted hablar de nadie más?

—No... ¡Ah!; ahora recuerdo que hay también una hermana del banquero, solterona y muy fea.

—Justo: la señorita Ceferina; pero además de esa, aún hay otra persona en la familia.

—¿Otra?

—Sí: Melania, la hija menor del banquero.

—Pues de esa no he oído hablar nunca.

—Lo creo: hay muchas personas que ignoran hasta su existencia.

—Pero, ¿por qué?

—Por una razón muy sencilla: es muy fea, enfermiza y jorobada.

—¡Pobrecita!

—Sin duda á causa de esto no la dejan ver de nadie, y la pobre muchacha está, según dicen, devorada por una profunda é incurable melancolía.

—¿Y no sale nunca de casa?

—Jamás.

—¿Ni á la iglesia?

—Según se dice, ni aun á misa, lo cual no es extraño, porque no creo que su familia sea muy escrupulosa en materias de religión; esas gentes,

que se ocupan constantemente del mundo, apenas tienen tiempo para pensar en Dios.

—¡Oh!; eso sí que es bien cierto—murmuró una señora que nos acompañaba:—el que vive siempre en medio del bullicio del mundo, no puede pensar en las cosas celestes, las más importantes para nosotros.

—Señores, hablando, hablando, nos olvidamos de que aquí hace un frío excesivo, y de que podemos coger una pulmonía.

—Es verdad. Vámonos á casa.

—Vamos.

Todos nos separamos de aquel sitio: yo, con pesar porque aquella fiesta, aun vista desde tan lejos, fascinaba mi imaginación juvenil, y creo que muchos de los que venían conmigo pensaron mucho menos en la pobre, doliente y abandonada Melania, que en la brillante Laura.

Mucho tiempo pasó sin volver á oír hablar del banquero Castelblanco, como no fuera para oír celebrar sus festines, sus banquetes y sus bailes; pero como yo no he vivido jamás en ese mundo brillante que tantos dolores oculta bajo su manto de oro y flores, olvidaba aquel nombre así que le oía pronunciar.

De súbito desapareció de la escena del gran mundo la familia del banquero: hablóse durante algunos meses de un largo viaje hecho por aquella familia al extranjero, y luego volvió á aparecer más rica, más fastuosa que jamás lo había estado.

Se hicieron brillantes innovaciones en el palacio: se colocaron estatuas, bronce y tapices en su interior; se renovaron las habitaciones; se cubrieron las paredes de ricos cuadros, y todo, en fin, pareció mucho más rico y opulento que antes del viaje.

Otra innovación causó mucha novedad á esas gentes, que, no teniendo más ocupación que la de averiguar lo que hacen los demás, tenían siempre su vista fija en el palacio de Castelblanco.

Parte de este palacio caía por el costado de la derecha sobre un callejón estrecho, que hoy lleva el mismo nombre que llevaba, y que por cierto corresponde muy mal con su aspecto miserable, angosto y sucio.

Llámase *calle de la Rosa*.

En uno de los balcones del piso bajo de los que caían á esta calle, aparecía todas las mañanas de aquel estío una pálida y triste figura, mal vestida, con los cabellos en desorden y tristemente recostada en un viejo sillón.

Era Melania, la pobre jorobada, la hija menor del rico banquero, la hermana de la brillante Laura y del orgulloso Humberto.

Yo la vi allí una mañana al cruzar para ir al Retiro á dar un paseo matutino, y agolpándose á mi memoria la conversación que mucho tiempo antes había tenido con mis amigos, la reconocí al instante.

Había en aquel rostro, pálido y enflaquecido,

una especie de desesperación impresa en él con una marca profunda; grandes masas de cabellos negros y desordenados caían sobre la frente de Melania, que era, más bien que hermosa, ancha é irregular; sus ojos, negros, estaban hundidos y eran duros y huraños; su estatura debía ser muy pequeña á juzgar por la actitud que guardaba en su asiento, y contribuía á hacerla más la enorme joroba que se veía en su espalda.

Aquella aparición me contristó mucho: contra mi costumbre, estuve triste todo el paseo, y á la vuelta quise pasar otra vez por delante del palacio del banquero, ó más bien, por delante del balcón de Melania.

Allí estaba aún, pálida y triste, pero no resignada; un rayo abrasador del sol de Julio caía sobre su cabeza, negra y grasienta; parecióme ver impreso sobre aquella faz el sello de una desesperación profunda é incurable.

No sentía ni el calor de aquel rayo abrasador, ni ninguna de las molestias que trae consigo un abrumador día de verano; su ropa era de lana, de cuadros abigarrados, sucia y casi destrozada; sus manos, flacas y amarillas, que tenía cruzadas sobre las rodillas con una actitud de amargo desaliento, estaban desaseadas y adornadas con algunas sortijas; sobre los hombros tenía un pañolón de la India de gran precio, pero ya arrugado, desteñido y viejo.

¿Qué edad podría tener aquella infeliz criatura?

No lo sé: esos pobres seres no tienen edad casi nunca.

Sin embargo, Laura era mayor que ella, y tenía sólo diez y ocho años; por esta razón calculé que Melania podría contar unos diez y seis.

Pero, ¡ay!, ¿dónde estaba el perfume de frescura y de pureza que parece inseparable de esta edad?

¿Dónde la alegría, la dulzura, la bondad de la primera juventud?

Allí no había nada de eso: si acaso había habido algún encanto, éste había desaparecido sin dejar rastro alguno en pos de sí.

Fuerza me fué, por fin, dejar el sitio que ocupaba enfrente del balcón de la pobre Melania. Retíreme á mi casa; pero todo el día estuve muy pensativa, y por la noche no dormí.

Al amanecer del día siguiente me despertaron algunos gemidos; asustada, me levanté y abrí la ventana de mi cuarto, que daba á un patio interior, en el que dos alisos y una adelfa, rodeados de algunas matas de albahaca, sándalo y hierba-buena, simulaban un jardinillo.

Aquel cuadrito de tierra que se regaba á mano tenía un aspecto encantador, gracias al esmero del señor Pedro, anciano dorador en metales, que vivía en uno de los cuartos interiores de la casa inmediata á la mía.

Así que me asomé á la ventana, conocí la voz que daba los gemidos: era la de la señora Felipa,

esposa del dorador, que se lamentaba de un modo desolado.

Otra dulce voz procuraba calmarla; también la conocí: era la de su hija Gertrudis, hermosa y simpática muchacha de diez y siete años.

—¡Hija mía, hija mía!—decía la señora Felipa.—¿Conque te vas á separar de nosotros? ¿Conque vas á dejar nuestro lado? ¡Ay, Dios mío! ¡Tú servir, hija mía! ¡Más quisiera comer sopas sólo, y que no te separaras de tu padre y de mí!

—Madre mía—repuso Gertrudis,—aquí, en nuestra casa, gano muy poco, y tengo que comer, vestir y calzar; todo eso lo gano sirviendo.

—¡Sirviendo, Dios mío! Es verdad; pero ¡qué palabra tan cruel! ¡Servir, servir mi hija!

—¿Y qué mal hay en eso, madre mía? Todos servimos en el mundo, como dice el señor cura: la Reina sirve á la Nación, porque se desvela por el bien de sus pueblos; los ministros sirven á la Reina; los empleados sirven sus destinos; tú misma sirves á Dios, á mi padre y algunas veces á mí también, porque tengo la poca vergüenza de dejarme servir por tí.

Una pequeña carcajada acompañó á las últimas palabras de Gertrudis.

—¡Ay, Dios mío! ¡Tú echas á risa lo que tanto daño me causa!—exclamó la anciana;—más vale así, y supuesto que ha de ser, quiero mejor verte contenta con tu suerte infeliz.

—Vamos, mujer, no te desespere—repuso el

anciano Pedro dirigiéndose á su mujer;—no irá Gertrudis á servir si tú te opones así á ello.

—¿Cómo que no iré?—exclamó la muchacha;—¿y mi palabra, padre mío?

—¡Tu madre es antes que todas las palabras del mundo!—repuso severamente el viejo.—¿No estás viendo cómo se desconsuela? Si no se conforma, yo mismo iré á dar una excusa, y no permitiré que salgas de nuestro lado.

—Padre mío, eso estaría mal hecho—repuso la joven con entereza;—cuentan conmigo... Esa pobre señorita, enferma, triste y contrahecha, no halla quien la sirva, y se tendrá que estar sola quizá muchos días.

—¿Y qué importa? Esa maldita jorobada debe tener un genio infernal.

—Así lo dicen, pero yo no lo creo.

—¿Que no lo crees?

—No, padre mío; hay en ella algo de suave, dulce y triste, que enamora los ojos y el corazón.

—La canción de costumbre; no has de hallar jamás una persona mala. Para tí todas son buenas, excelentes, generosas, sensatas.

—¿Qué importa, padre mío? Así soy más feliz.

—Lo que eres así, más engañada.

—Tal vez tengas razón; mas por lo que toca á la señorita Melania, estoy segura de no engañarme.

Al oír el nombre de Melania, escuché con más atención. Gertrudis continuó:

—¡Si vieras, padre mío, con qué voz tan dulce y afectuosa me pidió que no dejara de ir! ¡Ella!... ¡Una señorita tan rica, á mí, pobre muchacha, que debía ir á servirla!

—Veo, hija, que estás empeñada en ir á esa casa—dijo la señora Felipa,—y no seré yo quien me oponga más.

—No estoy empeñada, madre mía—repuso la joven,—y la prueba es que no iré si tú no quieres. ¡Pero es una cosa tan hermosa CONSOLAR AL TRISTE! Y esa pobre señorita me parece que está muy triste, y me parece también que yo podría consolarla.

—¡Eso es! Y por consolar penas ajenas y que quizá existen sólo en tu imaginación, vas á dar un pesar á tu madre, ¿no es cierto?—murmuró la madre casi vencida, pero esforzándose en aparentar un resto de mal humor.

—Ya he dicho, madre mía, que si no me dejas ir de buena gana, no iré.

—Vamos; ¿acaso sé yo negarte alguna cosa? Vete, y Dios te acompañe, como te acompañan las bendiciones de tus padres, porque eres una buena hija.

Vi á Gertrudis arrodillarse á los pies de los dos ancianos, que lloraban copiosamente; ambos pusieron sus manos sobre la hermosa cabeza de la joven, y alzaron al cielo sus ojos bañados por el llanto.

—¡Dios te bendiga, hija mía!—dijo el anciano.

—¡Dios te haga dichosa y te conserve siempre á nuestro cariño!

La anciana madre repitió esta tierna fórmula, y la joven, después de haberlos abrazado, bajó corriendo la escalera, como temiendo que la vendiese su emoción.

Al mismo tiempo que ella salía á la calle, salió yo á un balcón que daba sobre la puerta, y la llamé:

—¡Gertrudis!

Ella levantó la cabeza: su cara, tan linda, tan fresca y tan rosada, estaba cubierta de lágrimas.

Echó sobre el pequeño y humilde portalillo de su casa una última y dolorosa mirada, y subió á la mía sollozando aún.

II

—¿Qué tienes?—pregunté á Gertrudis, á la que hacía mucho tiempo conocía;—¿por qué lloras así?

—¡Ay, Dios mío, señorita!—respondió la muchacha. —Lloro porque me voy á servir para ayudar con el producto de mis salarios á mis ancianos padres, en vez de hacerles gasto como hasta aquí.

—Sin embargo, tú trabajabas día y noche.

—¿Qué vale el trabajo de una mujer? Es verdad que yo me levantaba con el alba y cosía guantes hasta las doce de la noche; otras veces cosía camisas para las tiendas, ó bien bordaba pañuelos; pero ninguna de estas labores producía más de tres reales diarios, y el gasto que yo ocasiono á mis ancianos padres es mucho mayor.

Convencida de que debía tomar otro partido, me ocurrió la idea de ponerme á servir, porque, á Dios gracias, sé lo bastante para ser una buena doncella. Di encargo en la vecindad, y ayer me hablaron de una casa, en la cual se busca una doncella de *poco coste* para una señorita enferma y contrahecha.

—Esa casa, ¿está en la calle de Alcalá?

—Precisamente. Pero, ¿cómo sabe usted...?

—Esa señorita, ¿es jorobada?

—Sí, señora, y por esta causa no hace falta una camarera de grandes habilidades; la pobre señorita no sale, ni se da á ver nunca; así es que hay poca costura, menos planchado, y de bordar ó componer encajes nada absolutamente.

—¡Pero tú sabes más de lo que esa señorita necesita, y podías ganar más sueldo!

—Es cierto; pero en cambio tendría menos libertad y tiempo para venir á ver á mis pobres padres, á los que tanto quiero, y se me exigiría un trabajo más asiduo. Además...

Gertrudis se detuvo como ruborizada y avergonzada de lo que iba á decir.

—Prosigue—dije yo como si no hubiera echado de ver su turbación.

—Pues bien, señorita; ya sabe usted que hace cosa de un mes tengo novio—prosiguió Gertrudis, cuyas mejillas se cubrieron de un hermoso carmín.

—En efecto, recuerdo que me lo has dicho.

—Es el hijo del herrero de la esquina; un buen muchacho, que cuida y mantiene á su anciana madre y á sus dos hermanitos pequeños.

—Ya me lo has dicho tú—repuse yo sonriendo; porque, en efecto, la entusiasta muchacha no se cansaba nunca de enumerar las buenas prendas de su novio desde que le conocía.

—Pues bien, señorita, en esa casa hay un caballero joven y con mucha fama de calavera, según dicen; y como este inconveniente lo tendré casi en todas partes, me voy con esa pobre señorita que vive sola, y á quien acompañaré.

—Pues ¿qué temes tú de un caballero de esa clase, y que es muy probable que ni aun te mire?

—Yo no temo nada; pero, la verdad, á Bautista no le gusta que en caso de servir, sirva más que á señoras.

—Sin embargo, es imposible, querida Gertrudis, que tú dejes de servir á todos en esa casa. ¿Cómo es posible que esa joven viva sola teniendo padres y hermanos?

—Pues nada es más cierto, sin embargo, señorita; vive sola en su cuarto; en él se la sirve la comida y jamás sale de su casa, porque hasta ahora no ha tenido doncella, y su madre, que aún es una señora muy hermosa, y una hermana que tiene, muy bella también, no quieren que vaya á su lado. ¡Vea usted si es desgraciada la pobrecita! Yo voy contenta por eso á su lado, aunque la verdad, y á pesar de la entereza que he manifestado á mis padres, el corazón se me parte al dejarlos...

Las lágrimas sofocaron la voz de Gertrudis; pero haciendo un poderoso esfuerzo, pasó por sus ojos enrojecidos un pañuelo, se levantó de la silla donde yo la había sentado, y añadió:

—Vaya, señorita, ya es hora de que yo vaya á

cumplir con mi deber. Pida usted á Dios que me dé valor.

—Se lo pediré, querida Gertrudis, y Él te lo dará porque vas á hacer una obra de caridad: ¡vas á CONSOLAR AL TRISTE!

—Eso no es ningún mérito, señorita, porque yo necesito servir.

—Bien, pero podrías servir en otra casa donde ganases más; podías buscar otra cosa que te ofreciera mayores distracciones.

—Prefiero ésta á todas.

—Ya lo veo, y por eso te digo que Dios te dará valor para poder llevar á cabo esa obra de misericordia.

—¡Hágalo Dios!

Gertrudis, al decir estas palabras, miró por última vez á la pobre y angosta ventanilla de la casa de sus padres, y luego me dijo, arreglando sobre su pecho los pliegues de su mantilla de seda.

—Adiós, señorita.

—Adiós, Gertrudis—repuse yo,—y ven á verme alguna vez, pues ya sabes cuánto me intereso por tu suerte.

La joven bajó la escalera, y yo me coloqué en mi ventana para verla salir.

Lo primero que hizo al pisar la calle fué mirar á su casa; sus padres, faltos sin duda de valor para verla partir, no habían querido asomarse á la ventana, y se oía el confuso rumor de los sollozos de su madre, dentro de la habitación.

Gertrudis, absorta en su pena, caminaba lentamente y con la cabeza baja; al llegar á la esquina de la calle se detuvo, pues en el umbral de la herrería de Bautista estaba su anciana madre.

—¿Conque ya te vas, hija mía?—la preguntó afectuosamente la anciana.

—Sí, señora—respondió Gertrudis, á cuyos ojos volvieron á acudir las lágrimas.

—Vamos, vamos, buen ánimo.—Ven acá, Bautista, para que digas adiós á esta pobre desconsolada.

Y la buena madre se alejó riendo, entrando en la tienda.

Pronto apareció en el umbral el herrero: era un guapo muchacho, alto, moreno, de rasgados ojos negros y abundantes cabellos del mismo color; llevaba un pantalón de paño color de bronce, y una blusa azul ennegrecida por el humo de la fragua.

—Vamos, ¿á qué viene llorar así, mi querida Gertrudis?—le preguntó tomándola afectuosamente la mano.—No sabes que nos hemos de casar dentro de dos años? Además, ¿no te da valor el pensar que haces un sacrificio por tus padres?

—No puedo evitar el afligirme al dejarlos—contestó la joven.

—Eso es muy justo. Pero, vamos, enjúgate los ojos y vete, que es tarde; ya nos veremos el primer rato que tengas permiso para venir á ver á los que tanto te queremos.

Bautista dijo estas palabras con entereza, y estrechando de nuevo la mano de su novia, que soltó en seguida, ésta le dirigió una última mirada, y se marchó con paso apresurado.

Ya trasponía ella la otra esquina de la calle, cuando volvió á aparecer en la puerta de la herrería la madre de Bautista; ésta seguía aún con los ojos la figura esbelta y graciosa de Gertrudis.

Cuando traspuso la esquina, el herrero dejó escapar un doloroso suspiro; ella le había hecho con su blanco pañuelo una última señal de despedida.

—Vamos—dijo la madre de Bautista,—no he querido salir antes, hijo mío, por no estorbaros. Pero, ¡qué veo! ¡Estás triste, lloras! ¡Ea, ánimo!, que Dios ayuda siempre á los buenos hijos y á los jóvenes laboriosos, modestos y virtuosos como Gertrudis y como tú. Ahora voy á ver á los padres de esa pobre niña, pues Dios quiere que *consolemos al triste*.

Dichas estas palabras, cruzó la buena anciana la calle y subió á casa de los padres de Gertrudis.

III

Durante tres años perdí de vista á Gertrudis, á sus padres, á la familia del herrero, y hasta á la casa en que había entrado para servir á la pobre Melania.

Una sucesiva encadenación de sucesos, tan imposible de remediar como de prever, había embargado todas las horas, todos los instantes de mi vida; un viaje, muy pocas alegrías y muchos pesares, habían ocupado todo mi tiempo. Un día en que con el espíritu contristado me paseaba por un paraje solitario, oí cerca de mí una voz dulce y femenina que creía reconocer; me volví, y por un sendero que se extendía á mi izquierda, vi dos jóvenes de distinto sexo que se paseaban hablando y riendo alegremente.

Ella era de estatura mediana y esbelta y de formas llenas de armonía y de gracia; llevaba un traje de lanilla oscura, un pañolón de lana de cuadros, y una mantilla de raso con guarniciones de tul dorado.

Él vestía el modesto traje de artesano: chaqueta y pantalón negro, camisa blanca como la nieve, corbata de seda, y gorra de paño negro con vise-

ra; era alto, moreno, y tenía hermosos y rizados cabellos, brillantes como el ébano.

Acerqueme á ellos y dije á media voz:

—¡Gertrudis!

Volvióse la joven, me miró un instante, y luego corrió hacia mí, exclamando con júbilo:

—¡Señorita! ¡Mi querida señorita!

—No quiero preguntarte si eres feliz, mi querida Gertrudis—dije yo después de haberla contemplado algunos instantes con un secreto placer;—la dicha está escrita en tu semblante con imborrables caracteres.

—Sí—respondió la joven, dejando escapar de sus labios una placentera sonrisa;—sí, señorita. Gracias á Dios, soy dichosa, completamente dichosa. Me he casado hace tres meses con Bautista; lo pasamos con holgura, gracias á su trabajo, y estamos rodeados de una numerosa familia, que nos ama y nos bendice.

—¿De una larga familia?

—Sí, señorita; viven con nosotros su madre, sus dos hermanitos, mis padres y, además, mi buena señorita Melania.

—¡Cómo! ¡Melania, la hija del rico banquero, vive con vosotros!—exclamé yo en el colmo de la admiración.

—Sí, señora.

—¿Ha perdido acaso á sus padres?

—Los dos han muerto.

—¿Y sus hermanos también?

—Esos viven los dos, pero para nada se acuerdan de la pobre jorobada; y á no ser por una renta muy mediana que la dejó asegurada su padre, á quien sin duda tocó Dios en el alma á la hora de su muerte, la pobre señorita dependería absolutamente de nosotros.

—Y casi desearía yo que así fuera—dijo Bautista;—es tan buena, que debe considerarse como una felicidad el poder hacer algo por ella.

—Y, sin embargo, la desgraciada niña ha estado muy cerca de matarse—dijo Gertrudis sin poder contener un estremecimiento en todo su cuerpo.

—¿Será posible?—exclamé yo.

—Nada hay más cierto, señorita; cuando yo fui á su casa, tenía el empeño decidido de quitarse la vida.

—Pero, ¿por qué?

—Porque era muy desgraciada y estaba dominada por una profunda tristeza; pero ésta es una triste historia, y además un poco larga.

—Que, sin embargo, tendría yo un gran gusto en oír.

—¿De veras?

—Sí por cierto.

—Pues tiene poco de particular, sobre todo para usted, que tan lindas las inventa para los libros que escribe.

—¿Quién sabe si esa valdrá también para ponerla en algún libro!

—¡Bah!... ¡Imposible!

—Sin embargo, mujer, cuéntasela á la señorita, pues debes complacerla ya que tiene la bondad de interesarse tanto por nosotros—dijo Bautista con aquella mezcla de gravedad y de cortesía, de candor y austeridad tan propia de su carácter.

—Lo haré así, si la complazco de ese modo—dijo Gertrudis;—pero eso ha de ser con una condición.

—¿Cómo, querida mía? ¿Me pones condiciones?

—¡Ya se ve que sí!

—Veámoslas.

—Es una sola, como ya he dicho, y ésta es que venga usted mañana á pasar un par de horas en nuestra pobre casita, para que vea lo dichosos que vivimos.

—Aceptada la condición, porque me gusta mucho ver la dicha ajena, y más la tuya.

—Pues está dicho. Luego, otra tarde, que será la primera que yo pueda, iré á ver á usted á mi vez, y le contaré cuanto ha sucedido; pero para que admire mi narración quiero que vea antes la transformación que, según la señorita Melania y el señor cura, mi confesor, he sabido yo obrar.

—¿Sabes, Gertrudis, que me parece te has hecho algo vanidosilla?

—Tal vez es eso verdad, y no hay que extrañar, señorita; porque como todos me adulan y me miman... Pero, en fin, usted verá y juzgará.

—Ya se ve que veré, y mañana mismo; pero, ahora, ¡adiós!...

—¡Adiós, señorita, y hasta mañana!

El joven matrimonio se separó de mí, y yo quedé muy llena de curiosidad, pues deseaba mucho ver de cerca á la pobre jorobada, que tanto me había interesado de lejos.